

CARTILLAS
DE
DIVULGACION ECUATORIANA

Nº 6



FRCCE EDITORIAL CASA DE LA CULTURA ECUATORIANA — 1976

001658

E1.3



CCE Varios Autores
117
0 2 8 4 2
Cartillas de Divulgación del
No 3 al 44

PRECIO S/. 2.—

SECCION DE HISTORIA Y GEOGRAFIA
DE LA CASA DE LA CULTURA ECUATORIANA

CESAR VICENTE VELASQUEZ

El reverso de la guerra entre Quito y el Cuzco



EDITORIAL CASA DE LA CULTURA ECUATORIANA — 1976

La ruptura entre Quito y el Cuzco no se produjo, como comunmente se cree, inmediatamente después de la muerte de Guayna-Cápac. (1) Juan de Velasco dice que tanto Atahualpa como Huáscar gobernaron en paz sus respectivos países por el tiempo de cuatro años. Entre la muerte del soberano incásico y el inicio de la guerra "tuvieron grandes dares y tomares, los dos Incas, el legítimo Huáscar Inca y el bastardo Atahualpa Inca" según refiere Guamán Poma. (2) No es aventurado pensar que entonces los propósitos y las ambiciones de los quiteños se dirigían a preservar su independencia recién recobrada. Quizás concebían también una unión con el Imperio Incásico, basada en el respeto mutuo y en la ayuda mutua.

Los cronistas relatan que en el Cuzco la muerte de Guayna-Cápac fomentó la rivalidad entre los pretendientes a la sucesión del poder. La élite cuzqueña se había dividido en dos bandos: el uno que apoyaba a Ninan Cuyochi y el otro a Huáscar. La disputa entre los dos hermanos fue ardorosa. Vaca de Castro nos habla de una conspiración realizada en el Cuzco para colocar en el poder a Ninan Cuyochi. Según él fue necesario la intervención de Auqui Topa, hermano del monarca fellecido, para desbaratar aquel intento y consolidar a Huáscar.

- (1) La fecha de la muerte de Guayna-Cápac oscila entre 1524 (Sarmiento), 1525 (Cavello Valboa) y 1527 (Cieza y Cobo). Tal como dice el historiador Franklin Pease, estudiando la obra «Cronología de la Historia Incaica» de Ako Wedin, publicada por el Instituto Ibero-Americano de Gotemburgo, Suecia, «el tema de la cronología ha sido siempre un arduo problema para el estudio de la historia precolombina. La inexactitud de las fechas de los cronistas españoles, indios y mestizos, y la dificultad de coordinar el calendario español del siglo XVI con el modo indígena de computar el tiempo (aún no estudiado completamente) se aunan para completar el panorama». *Revista de la Cultura Peruana-Órgano de la Comisión de Cultura.* Nº 12.
- (2) Felipe Guamán Poma de Ayala —«El Primer Nueva Corónica y Buen Gobierno»— Edición facsimilar de Paul Rivet. París, 1936.

En Quito la muerte de Guayna-Cápac no creó ningún problema sucesorio. No hubo, como en la capital del Tahuantinsuyo, intrigas ni luchas intestinas por la sucesión del poder. Atahualpa llegó al trono de los Shyris rodeado del pueblo y con el respaldo del aparato ejecutivo existente. Las provincias del Reino, aún en vida de Guayna-Cápac, consideraban al hijo primogénico de la Shyri Paccha como su jefe natural y, por lo tanto, adalid de la causa de su independencia. Su posición de poder era legítima, no solamente por su derecho al gobierno del Reino por línea materna, sino por la voluntad de Guayna-Cápac, expresada en su testamento. Los historiadores peruanos que afirman que el soberano fallecido no podía dividir el Imperio porque "era un sistema único e indivisible, creado por la divinidad", olvidan el poder supremo de que se hallaba investido el Inca. El poder del soberano incásico era total y no se encontraba limitado por ninguna ley, sino que era libre e independiente, exclusivo y absoluto. En el imperio Incásico derecho y voluntad del soberano eran conceptos equivalentes. La voluntad del Inca creaba y modificaba el derecho hasta entonces válido. No se comprometía ante nadie, ni siquiera ante los dioses, cuando imponía su potestad o dejaba de cumplir la ley. Tan infalible y absoluto era su poder que su semidivinidad "determinaba que la mayor solemnidad e importancia de ciertas celebraciones no estribaran en su realización en la ciudad sagrada, sino donde el Inca estuviera", como observa Franklin Pease.

Existe un testimonio que demuestra en forma concluyente, sin contestación posible, que Guayna-Cápac dividió el imperio entre Atahualpa y Huáscar. Trátase del testimonio de Guamán Poma (para los españoles Felipe Guamán Poma de Ayala): En él dice lo que sigue el notable cronista indio: "Al difunto Guayna-Cápac, Inca, lo llevan a la ciudad del Cuzco, a donde es cabecera de este reino, a enterrarlo. Lo trajeron desde la provincia de Quito... Y se hicieron el reino dos partes. Desde Jauja hasta Quito, y nuevo reino, fue lo de Atahualpa. Y desde Jauja hasta Chile lo de Huáscar". Guamán Poma está considerado como la figura más prominente entre los cronistas indios del Perú. "La Nueva Corónica y Buen Gobierno", por Felipe Guamán Poma de Ayala, editada por Paul Rivet, en 1936, marca época en la bi-

biografía peruana de historia patria; porque en este libro extraordinario se guarda la versión peruana de la propia vida del Perú desde los más remotos tiempos hasta la primera decena del siglo XVII, con la interesantísima circunstancia de que el texto se halla ilustrado por más de doscientos dibujos trazados a pluma por el mismo autor", dice el historiógrafo peruano Luis E. Valcárcel.

Los cronistas están de acuerdo en que Huáscar y Atahualpa respetaron en el primer momento la voluntad de Guayna-Cápac consignada en su testamento. La ruptura entre Quito y el Cuzco se produjo cuando la provincia de Cañar decide separarse del Reino y reconocer a Huáscar como su legítimo soberano. Fue la actitud abiertamente separatista de los cañaris el principal motivo de la discordia, que culminó con una larga y sangrienta guerra. El separatismo cañari tuvo causas muy complejas. No fue por perfidia o simple mercenarismo, como generalmente se cree, que los cañaris decidieron separarse del Reino e integrar la soberanía del Tahuantinsuyo. Esta interpretación es demasiado simplista y carece de fundamento real. Desde antes de la conquista incásica, la provincia del Cañar consideraba necesario aproximarse o, mejor, aliarse con el Cuzco para acrecentar su radio de influencia. Los cañaris siempre estuvieron interesados en establecer vínculos políticos y económicos con el Imperio. Prueba de ello es que Tupac-Yupanqui conquistó su territorio sin la menor resistencia. Los dirigentes del Cañar pensaban con certera visión de futuro, que con la profundización del Tahuantinsuyo en el Norte, el Cuzco perdería su condición de capital imperial y que Tomebamba sería el centro real del Imperio, por su estratégica posición entre las dos más grandes ciudades del mundo andino y la riqueza agrícola y minera de la región cañari. Eso fue, precisamente, lo que aconteció bajo el gobierno de Guayna-Cápac. En ese entonces —forzoso es reconocerlo— Tomebamba se convirtió en la capital virtual del Imperio incásico y en su más bella ciudad. Se falsea la verdad histórica cuando se afirma que Quito fue la ciudad preferida por él y es de lamentar que Juan de Velasco haya incurrido en este error. Fue Tomebamba la ciudad de sus predilecciones. En sus últimos años en ella prefirió radicarse. El historiador Franklin Pease escribe que Guayna-Cápac se estableció en Tomebam-

ba "con numeroso séquito, inclusive mujeres". (1) Los cronistas señalan su esmerada preocupación por el engrandecimiento de esta ciudad. El Inca hizo construir un templo solar tomado como modelo al Coricancha del Cuzco y aún dispuso la utilización de algunas piedras sagradas de este templo máximo del Incario. Juan de Velasco nos dice "que el templo más famoso en el Reino, entre los de primer orden, fue siempre el de Tomebamba, así por su inmensa mole, como por su gran riqueza". El cronista Martín Murúa cuenta que cuando Guayna-Cápac terminó de construir la ciudad de Tomebamba, donde había nacido (2), mandó hacer copias de las principales huacas y lugares sagrados de la antigua capital imperial. (3)

Fundamentalmente los cañaris decidieron anexas su provincia al Imperio incásico y reconocer a Huáscar como su legítimo soberano en la creencia de que con el advenimiento de Atahualpa al poder de los Shyris y el auge de la élite quiteña, Tomebamba perdería su poderío y pasaría a ser, de gran urbe imperial, la segunda ciudad del Reino, después de Quito. Fue su evidente deseo de conservar incólumes los fueros y esplendor alcanzados por su ciudad durante el dominio de los Incas lo que llevó al pueblo cañari al separatismo. Esta es la explicación más correcta de su actitud. (4)

El conflicto entre Quito y el Cuzco hízose prácticamente inevitable. Atahualpa y sus consejeros estimaban como cuestión vital recobrar a toda costa la provincia de Cañar. Esta provincia había pertenecido durante muchos siglos al Reino de Quito y su anexión al Imperio incásico significaba una directa provocación a la guerra. Tan firme era la convicción del monarca quiteño de que el territorio de los cañaris constituía

(1) Franklin Pease —Orígenes de la Guerra entre el Cuzco y Quito— Revista Peruana de Cultura— Nº 4 - Lima.

(2) Pedro Sarmiento de Gamboa —Historia de los Incas— Emecé, Buenos Aires, 1947.

(3) Martín de Murúa —Los Orígenes de los Incas— Lima, 1946.

(4) La provincia de Cañar siempre contó con la confianza total de Tupac-Yupanqui y Guayna-Cápac. Prueba de ello un buen número de sus habitantes fueron transferidos en calidad de mitimaes guerreros, a la levantisca región de Angamarca. Según el etnólogo peruano Valdemar Espinoza en la aldea campesina de Ponar viven todavía descendientes de los mitimaes cañaris.

parte esencial del Reino, que fue a Tomebamba, casi solo, apenas se enteró de que en aquella ciudad se fraguaba un movimiento separatista, instigado por la élite del Cuzco, que quería recobrar su antiguo poderío y restablecer en el Norte el dominio incásico. La historia de lo que entonces aconteció ha sido contada muchas veces y no la vamos a repetir aquí. Solamente señalaremos que Atahualpa fue reducido a prisión por los cañaris y que son varias las leyendas que circularon en torno a la forma misteriosa como recobró su libertad.

A partir de la anexión de la provincia de Cañar al Imperio incásico, los ejércitos de Huáscar no cesaron de avanzar. No sólo consiguieron sentar numerosas bases militares en el territorio de los cañaris, sino que transformaron a Tomebamba en una verdadera fortaleza. Según refiere Juan de Velasco, en esta ciudad se concentraron "bastantes tropas y mil orejones". La nobleza del Cuzco se sentía lo suficiente fuerte para avasallar de nuevo al Reino de Quito.

Tal vez el momento culminante de la vida de Atahualpa fue aquel en el que convocó a los pueblos del Reino a la defensa de su derecho a la dignidad y a la vida. Su llamamiento resonó en todas partes como un grito de guerra. De los más apartados rincones del país afluyeron miles de voluntarios para alistarse en el ejército regular. Todos los pueblos pedían la vindicación de la integridad nacional. El Reino tenía una larga tradición de lucha por la independencia. ¿No habían luchado acaso por la independencia Hualcopo Duchicela, Epiclachima, Hualtoco y Tumbalá? No fue acaso el Shyri Cacha quien señaló a su pueblo y a los demás pueblos del mundo andino el camino del patriotismo y de la viril hombría?

La relación de fuerzas favorecían al Reino de Quito. Con excepción de los cañaris, punás y cajas, los demás pueblos estaban incondicionalmente con su causa. Atahualpa había logrado organizar, gracias a su extraordinaria capacidad e incesante actividad, un ejército de 50.000 hombres, bajo el mando de Quisquis, Calicuchima, Rumiñahui, Zota-Urco, Huayna-Palcón y Paulú. La situación interna del Imperio incásico se presentaba, en cambio, bastante complicada. En el Collo-

suyo, en Tumbes, en Trujillo, en Cajamarca y otros lugares del Tahuantinsuyo existía un estado de descontento y frecuentemente se producían brotes de rebeldía que obligaban a las fuerzas de represión a intervenir y restablecer el orden. Para el **juntaruna** (vasallo común), para el **yasacona** (criado de por vida) y el **mitimae** (individuo trasplantado de una provincia a otra por causas generalmente de carácter político), el enemigo no era Atahualpa, sino Huáscar y la nobleza del Cuzco. El Inca cuzqueño encarnaba, a los ojos de los vasallos que sufrían opresión, los viejos e injustos privilegios, el trabajo forzado en la puna, en los campos, en las minas, en los talleres y en las casas de las familias de rango, con sus inhumanos castigos corporales. (1)

Todo debería haber advertido a Huáscar su equivocada política belicista, pero el poderoso ascendiente que en él tenía la nobleza del Cuzco y su carácter vanidoso, no eran circunstancias las más a propósito para dejarle ver la verdadera esencia de la situación. ¿Cómo era el Inca cuzqueño? El cronista indígena Guamán Poma nos ha dejado el siguiente retrato: "Desde niño el dicho Huáscar fue muy soberbio y mísero y mal inclinado; en "dacaes pajas", mandaba a matar a los dichos capitanes. Y así huían de él. Después nunca les quiso favorecer (a) ningún capitán ni soldado. Ves aquí cómo pierde con la soberbia todo su reino siempre que sea rey o capitán, si es soberbio, auriendo, perderá su reino y la vida como Huáscar Inca".

No fue pequeña fortuna la de que Atahualpa y sus consejeros hubieran previsto los obstáculos con que habían de tropezar en su camino y tomado las precauciones necesarias antes de recurrir a las armas. Al monarca quiteño no se le ocultó la importancia de la presencia de los cañaris en el ejército del Cuzco y así resolvió que recobrar la provincia de Cañar era el primer objetivo militar del Reino.

El mes de marzo de 1531 fueron derrotados los cañaris en los confines de la provincia de Cañar, y pocos meses más tarde en las proxi-

(1) Numerosos testimonios demuestran que Atahualpa era popular en todo el Imperio incásico. Para miles de sus vasallos comunes, particularmente en las provincias del Collasuyo, era un libertador. Había por él admiración, idolatría que perdurará hasta después de su muerte.

midades de la actual ciudad de Azogues. El ejército de Atahualpa avanza entonces hacia Tomebamba, pero antes de acercarse a esta ciudad, los cañaris le salen al paso con poderosas fuerzas. Las batallas fueron reñidísimas, lográndose la victoria gracias al denuedo de los soldados puruhás, quitus, cayambis, caranquis e imbayas. En todas partes quedan "mantos de cadáveres, cuyos huesos permanecieron insepultos por muchos años", según relata un cronista.

Las constantes derrotas habían obligado a los cañaris a evacuar sus posiciones avanzadas. Muchos pueblos fueron rescatados. Entretanto, la guerra avanzaba, con su rápida sucesión de victorias para el ejército del Reino. El sitio de Tomebamba iba a comenzar. La primera batalla se libró en la llanura que se extiende al Norte de esta ciudad, donde acampaban 50.000 soldados cuzqueños, de acuerdo con la información de Juan de Velasco. El mencionado historiador dice que el ejército del Cuzco "fue desbaratado una y otra vez, destrozado enteramente, llenando de cadáveres el inmenso campo, donde fue empalado el jefe que no pudo huir".

Sin un momento de tregua Atahualpa puso sitio a Tomebamba. El duelo fue mortal. Tomebamba fue tomada a sangre y fuego. Los cronistas nos han hablado de que Atahualpa llevó a cabo, con férrea inflexibilidad, una bárbara acción punitiva. Tuvo excesos, es verdad. Negarlo sería incurrir en una tremenda aberración. Pero es justo recordar que en el Reino de Quito, al igual que en el Imperio incásico, la traición a la patria y al soberano se calificaba como el mayor delito. Jesús Lara afirma que en el Tahuantinsuyo "el traidor sufría muerte afrentosa, de su piel se fabricaba un **runatinya** (tambor humano), de sus huesos se hacían flautas, de sus dientes gargantillas y de su cráneo una escudilla para beber. Su casa era arrasada y no se permitía que se labrase su heredad ni que en ella creciera hierba alguna, para lo cual se le sembraba de piedras y de sal: (1) Tupa-Cápac, hermano del Inca Tupac-Yupanqui, sorprendido en un acto de insurrección, fue inmediatamente condenado a muerte y ejecutado. Recordemos también

(1) Jesús Lara «El Tahuantinsuyo». —La Paz— Bolivia - 1966

que Guayna-Cápac, no obstante ser un monarca prudente y magnánimo, puso en ejecución una bárbara política de represión contra los caranquis.

La caída de la plaza de Tomebamba determinó el que otros pueblos, que habían abrazado la causa del Cuzco, se mostraran dispuestos a negociar y al final reconocieran la autoridad de Atahualpa. El monarca quiteño, tan pronto como se restableció la soberanía del Reino de Quito en las provincias ocupadas por el ejército del Cuzco, realizó un nuevo esfuerzo en favor de la paz, pero todas las esperanzas que pudieron alimentarse de poner fin a las hostilidades mediante un tratado de límites, quedaron destruidas por la ciega obstinación de Huáscar y sus consejeros.

La renovación de la lucha se encontró con nuevos contingentes de tropas. "Sabida su resolución —dice Juan de Velasco— dio el Rey orden a sus generales para que prontamente se avanzasen haciendo nuevas conquistas, mientras detenido él en Cajamarca iba mandando nuevos reclutas de gente, de vituallas y demás cosas necesarias. Quisquis y Calicuchima desempeñaron con honor y sabia conducta sus comisiones. Tenían orden estrecha del Rey para que jamás usasen de indulgencias o gracia con los que se mostrasen rebeldes; y para que así mismo recibiesen con paternal amor a los que voluntariamente se sometiesen a su autoridad". El Reino de Quito había sido empujado a la guerra y ahora las circunstancias le imponían la ineludible obligación de sostenerla hasta sus últimas consecuencias, ya que estaba en juego su propia existencia como Estado libre y soberano.

La batalla que decidiría la suerte del Imperio incásico debía librarse en Quipaypan, a pocos kilómetros del Cuzco. El mes de abril de 1532 fue avistado el ejército imperial, comandado por Huáscar y que constaba de alrededor de 150.000, según informan algunos cronistas. Juan de Velasco describe la estratagema de que se valieron Quisquis y Calicuchima para dividir a las fuerzas cuzqueñas e infligirles al final una aplastante derrota. "Los dos generales —dice el insigne historiador ecuatoriano— que tenían casi la mitad menos de gen-

te, resolvieron tomar al enemigo de lado, y se dilataron por el ala siniestra, desviándose de la vía real y dejando pasar adelante el descuidado ejército de Huáscar. El mismo Huáscar Inca que iba tras de su ejército, queriéndose divertir en la caza, sin mandar por delante exploradores ni espías, porque no entendía de guerra, dice Gomora (Ibid). Se aprovecharon los dos generales de aquella oportuna ocasión. Fue preso Huáscar y conservado con vida, según las estrechas órdenes que tenían del Rey, caso que cayese en sus manos”.

“Entretanto que se aseguraron del Inca, todo el cuerpo de su ejército, que incauto había pasado adelante, resolvió contraatacar, y sin duda habría oprimido al de los dos generales, si estos sin turbarse en nada, no se hubiesen valido oportunamente de la mejor estratagema. Mandaron al ejército enemigo que suspendiese los pasos, porque de otra suerte quitarían la cabeza a Huáscar; y se pusieron en acción como de querer ejecutarlo. Sobrecogido de temor el infeliz Inca, mandó también que ninguno de los suyos se moviese, sino que todos depusiesen las armas; que se eligiesen sólo 20 entre todos los grandes, señores y jefes de su ejército, y que estos fuesen a celebrar en su presencia las capitulaciones con el tratado de los límites y división de los dos reinos, puesto que eso y nada más era lo que pretendía su hermano Atahualpa”.

“Conviniere en este partido los dos generales (se refiere a Quisquis y Calicuchima), porque esa era la orden que tenían de su Rey, caso que la ocasión lo proporcionase, y porque les constaba por sus repetidas protestas y embajadas, no ser otro el fin de sus designios y de su guerra. Fueron efectivamente elegidos los 20 personajes; mas no habiendo entre ellos ni una sola cabeza capaz de manejar el negocio con prudencia, según lo pedían las críticas circunstancias, se pusieron neciamente a disputar sobre los antiguos límites del Reino de Quito; y sobre lo que Tupac-Yupanqui había ganado en él antes de Guaynacápac. Al ver los dos generales que no eran capaces aquellos de dar el debido corte a la diferencia, sino solo de enredarla y entretenerla inútilmente, quitaron las cabezas a todos los 20, decidiendo que el tratado celebrasen personalmente los dos hermanos. Mandaron con gran imperio al ejército de Huáscar que deponiendo las armas se retirase



cada cual a su casa, porqué de otra suerte harían lo mismo con todos ellos. Fueron prontamente obedecidos reinando en todo el ejército una cobardía y un temor tan grandes, que no pensaron más en librar a su monarca, ni en hacer oposición alguna, sino en retirarse desconcertados todos a sus respectivas provincias”.

La paz no estableció, como se ve, por negociación de los dos bandos, sino que fue dictada por Atahualpa. ¿Qué clase de paz fue la que impuso el soberano triunfante? El Imperio incásico había sufrido una total derrota militar. Ninguna resistencia podía ofrecer. No obstante las condiciones del armisticio no fueron duras. Ninguna exigencia de reparaciones. Nada que pueda significar la destrucción de los vencidos. Al contrario. Un sincero deseo de fomentar la reconciliación y de cicatrizar las heridas producidas por la guerra. Atahualpa había sido proclamado por los pueblos del Imperio y del Reino de Quito soberano del Tahuantinsuyo y había tenido suficiente tiempo para reflexionar sobre sus grandes responsabilidades. (1) El Inca quiteño tenía altos ideales. Estos consistían en restaurar el imperio, destrózado por muchos años de guerra, y reconciliar a los pueblos y hacer más tolerable la suerte de los vasallos comunes. Mas era necesario comenzar por establecer una paz duradera. A partir de la victoria de Quipaypan la paz fue el objetivo central de toda su acción política.

1) Algunos cronistas, Garcilaso, Herrera, Guamán Poma, Las Casas, entre otros, presentan a Atahualpa como hijo bastardo de Guayna-Cápac y usurpador, sin tomar en cuenta que la familia real practicaba la poligamia y que no todos los Incas se casaron con sus hermanas de padre y madre, conforme prescribía la ley incásica del matrimonio. Sarmiento Gamboa, Murúa, y Cabello Valboa afirman en sus narraciones que únicamente Manco-Cápac, Tupac-Yupanqui, Guayna-Cápac y Huáscar tomaron por esposas a sus hermanas legítimas, habiéndose casado los demás con hijas de los jefes vecinos. El historiador Franklin Pease dice que «Atahualpa es generalmente presentado como un bastardo advenedizo» porque «los cronistas quisieron ver la cultura andina con el lente europeo al que estaban acostumbrados (de la misma manera vieron conventos de monjas con sentido cristiano en los acallahuasi, y un fraile barbudo en los monolitos de Tiahuanaco). El europeo no podía dejar de considerar bastardo al hijo de una mujer que no era la legítima esposa según el criterio occidental (el concepto de legitimidad en el matrimonio entre culturas mono y poligámicas; la élite incaica practicó la poligamia, vedada, por razones de orden, a la clase popular). También hay que considerar la posición de los informadores de los cronistas, que guardaban rencor contra los quiteños vencedores de la contienda que antecedió a la conquista española».

Nada pudo, sin embargo, la magnanimidad de Atahualpa, contra el sentimiento de venganza que la derrota había creado en la familia imperial y en la nobleza del Cuzco. Fue tan poderoso este sentimiento, tan dominante, que no vacilaron en colaborar con los españoles, a los pocos días del asesinato de Atahualpa en Cajamarca. Los primeros en mostrarse inclinados a la reconciliación fueron Manco Inca Yupanqui y los orejones. El cronista indígena Santa Cruz Pachacuti dice lo que sigue en su "Relación de antigüedades deste Reyno del Pirú": "Y después fue ajusticiado el dicho Atahualpa Inca por traidor. Y después, el capitán Francisco Pizarro parte juntamente con el padre Fray Vicente para el Cuzco, y entonces trajo a un hijo bastardo de Guayna-Cápac por Inca, y el cual fallece en el valle de Jauja. Y de allí llega el dicho capitán Francisco Pizarro con sus sesenta o setenta hombres españoles a el puente de Aporima, a donde había venido Manco Inca Yupanqui con todos los orejones y curacas a dar la obediencia y hacerse cristianos.

"Al fin, todos allí se juntaron por bien de paz, adorando la Cruz de Jesucristo nuestro señor, ofreciéndose a su vasallaje del emperador D. Carlos. Y allí llegaron a Villacacongá, donde los apocuracas (principales jefes) y orejones, de puros alegres y contentos hicieron escaramuzas. Al fin, aquel día llegaron a Saquixaguna, en donde al día siguiente, el padre Fray Vicente con el capitán Francisco Pizarro les dice a Manco Inca Yupanqui que les quería ver vestidos de Guayna-Cápac Inca, su padre. El cual se hace mostrar, y visto por el capitán Pizarro y Fray Vicente, les dice que vistieran aquel vestido más rico. Al fin, se vistió el mismo Pizarro en nombre del Emperador".

La aversión que tenían los cañaris contra Atahualpa era profunda. Nunca le perdonaron por la forma inflexible con que puso en práctica en la provincia de Cañar la política de represión. El sitio y destrucción de Tomebamba salían siempre a relucir. Los cañaris se vengaron de Atahualpa y los quiteños participando activamente en la empresa de Sebastián de Benalcázar. Sabido es que al lugarteniente de Francisco Pizarro le habría resultado muy difícil conquistar la extensa heredad de los Shyris sin su eficaz ayuda. Porque los pueblos del reino de Quito no se entregaron a los conquistadores sin resistencia. Rumiñahui combatió hasta agotar sus posibilidades.

Mientras la élite del Cuzco colaboraba, como hemos visto, con los españoles, Quisquis, el fiel capitán de Atahualpa, se había impuesto la consigna de no descansar hasta que los invasores no estén derrotados. El representaba, entonces, en su ideal más puro, la rebeldía indígena contra la ocupación extranjera. Fue él quien a la muerte de Atahualpa proclamó a Paullo Topa, hijo de Guayna-Cápac en una concubina quiteña, soberano del Tahuantinsuyo, para que los pueblos sometidos tuvieran una bandera y una esperanza. "El capitán Quisquis —dice Guamán Poma— levantó al Inca Paullo Topa, hijo bastardo de Guayna-Cápac, y se defendió de los españoles . . . Este dicho capitán Quisquis siempre perseguía a los cristianos y por sus pecados porque no tuvo paz con los cristianos y así lo mataron sus propios capitanes indios que tenía en su banda" (1)

Los hechos históricos demuestran que Quisquis fue en los primeros días del dominio español el batallador infatigable por la libertad de su pueblo. Participó en el sitio del Cuzco cuando Manco II, coronado por los españoles Inca, decide alzarse contra ellos, cansado de sus vejaciones y befas. Santa Cruz Pachacuti menciona su lucha heroica: "Al fin —escribe en su relación el cronista peruano—, el dicho Pizarro y todos parten para el Cuzco, el Manco Inca Yupanqui en sus literas. Al fin, los españoles y curacas vinieron con mucho orden, y el Inca con el padre y capitán Francisco Pizarro, que después de mucho tiempo se llamó don Francisco Pizarro. Como digo, todos vinieron al Cuzco, y en junto del pueblo de Anta toparon con Quisquis, capitán del dicho Atahualpa Inca. Al fin, les dio batalla todos los orejones y con los españoles. Y así, se fueron hacia Capi; y el marqués con el Inca, en compañía del Santo Evangelio de Jesucristo de nuestro señor, entraron con gran aparato real y pompa de gran majestad". (2)

Este breve sumario da idea de la rapidez que caracteriza aquella mezcla singular de patriotismo, audacia y heroísmo, de que se compone

(1) Felipe Guamán Poma de Ayala—Obra citada.

(2) Juan de Santa Cruz Pachacuti —relación de Antigüedades deste Rey del Pirú— La relación de este cronista indígena se conserva en la Biblioteca Nacional de Madrid.

la epopeya de Quisquis. Su lucha no terminó sino cuando cae atravesado por la lanza de Huyna-Palcón, a quien él había impetrado que se mantuviera al frente de las fuerzas de la resistencia, hasta que el enemigo fuese derrotado y la soberanía del imperio sea completamente reivindicada. "Este fue el desgraciado fin —dice Juan de Velasco— del mayor hombre que vio jamás el floreciente imperio del Perú. No sabemos cual hubiese sido su propio nombre. El de **Quisquis** que se interpreta barbero, le provino del empleo que ejercitó cuando joven, quitándole con destreza al Inca Guayna-Cápac la poca barba que tenía. Apenas espiró, cuando se disipó todo su ejército como el humo".